
SEMANA SANTA

EN LA ESCUELA DE LA HOSPITALIDAD

INTRODUCCIÓN

Unidas a la Iglesia actualizamos el misterio de Cristo a través de los diferentes tiempos del año litúrgico.

La vivencia y profundización de cada ciclo nos lleva a participar en el misterio pascual de Jesús y configurarnos progresivamente con Él.¹

En este Retiro, te presento el último tramo de nuestro camino hacia la Pascua. Verás una breve meditación para cada día de esta santa semana para que te pueda ayudar a vivir más unida a Jesús y dejarte configurar con Él.

Es tiempo de mirar a Jesús, de contemplarle en cada uno de sus últimos días de su vida terrena. Cada palabra, cada gesto van cargados de Amor, de Hospitalidad, de Misericordia.

En respuesta al querer del Padre Cristo se entregó a los hombres y los amó hasta el fin. Sirvió a los pobres y abandonados, compartió con ellos el dolor y la esperanza, anunciando y haciendo presente la salvación.²

Seamos discípulas en su “escuela de amor, de hospitalidad, de misericordia” y aprendamos, de nuevo, la lección más importante

¹ Cfr. CC 57

² CC 15

de nuestra vida: “Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15,13). *Siguiendo a Cristo y como exigencia del carisma congregacional, nuestras primeras Hermanas se consagraron con voto de hospitalidad, a vivir la caridad al servicio de los enfermos y desvalidos, en una entrega continua y heroica, hasta dar la vida.*³

SEMANA DE PASIÓN

D

OMINGO DE RAMOS

***“¡Bendito el que viene como rey,
en nombre del Señor!
Paz en el cielo y gloria en lo alto.”***



Comenzamos otra etapa en el camino de la cruz, el comienzo de la paradójica glorificación de Jesús. La semana que comienza con el Domingo de Ramos estará llena de sufrimiento, vida y muerte, pasión y traición, esperanza y desesperación, crucifixión y resurrección, todo ello para la gloria de Dios y la paz en la tierra y en el cielo. La liturgia nos ofrece el relato de

³ CC 16.

la Pasión según san Lucas (22,14-23,56). Jesús es el Siervo sufriente de Dios, que confía solo en el Padre. No queda avergonzado y no importa lo que el mundo piense o juzgue. Jesús acepta la muerte, incluso la muerte de cruz, y ora a Dios para que lo salve, confiando en su poder. Somos seguidoras de Jesús, hemos estado junto a Él en sus tentaciones: ahora vamos a escuchar el relato de su pasión como amigas. Permanece junto a Él, en su pasión y muerte, para que puedas estar con él en la resurrección y en la gloria. Pon tu vida en el camino de Jesús, para ser obediente hasta la muerte, incluso una muerte de cruz.

Es Semana Santa. Es un tiempo de total despojo para que se revele lo fundamental. ¿Cómo vivimos? ¿Cómo morimos? ¿Moriremos a espada o somos los sanadores? ¿Creemos que Dios puede redimir incluso el sufrimiento y la muerte de inocentes e injustos?

Hay esperanza. Es posible detener la violencia. Como decía Simone Weil: “El dolor y el sufrimiento son una especie de moneda falsa que pasa de mano en mano hasta que va a parar a manos de alguien que la recibe pero no la pasa”.

Sin duda que esto es cierto. Jesús, en medio de su dolor, optó por entregar su espíritu al Padre, perdonar a quienes le mataban, ofrecer el paraíso a un ladrón y orar. Jesús fue y es siempre justo, un hombre santo que nos muestra cómo vivir en todas las circunstancias y aflicciones. Es el Hijo del hombre, el Siervo sufriente, el Santo de Dios. Él resiste. Se niega a ser como los que lo maltratan, se burlan de él y tratan de destruirlo. Se niega a morir de la forma que ellos quieren, al igual que se niega a vivir, juzgar, predicar y amar de la forma que ellos quieren.

Esta semana es una enseñanza fundamental para nosotros, los cristianos. Tal como dijo Teresa de Jesús: “Siempre descubrimos que los que caminaron más cerca de Cristo nuestro Señor fueron los que tuvieron que soportar las pruebas más duras”.

Esta semana caminamos con Dios hacia el océano del sufrimiento y hacia la libertad, pero caminamos con fe y esperanza, y avanzamos juntas como comunidad⁴.

Es Semana Santa, la última semana de Cuaresma, la última semana para dar una vuelta completa a nuestra vida, de forma que, sin importar lo que hagamos, estemos apuntando hacia Dios. Dios está en todas partes, especialmente en los lugares donde no siempre se nos ocurre buscarlo. La Semana Santa nos indica que Dios se encuentra especialmente en lugares donde hay sufrimiento, muerte, traición, injusticia, burla, soledad, aislamiento. Dios está presente en los lugares donde necesitamos confiar en él, continuar orando e indicando a todos los que nos observan que todo cuanto somos y hacemos apunta hacia Dios. Ésta es la forma en que Jesús señaló hacia Dios, con humildad, como un esclavo y un siervo, con obediencia, verdad, compasión y fe, aceptándolo todo de la mano de Dios, pero viviendo de una forma plenamente humana.

Es un tiempo para animarnos unas a otras con una palabra de esperanza y coraje dirigida a las que están cansadas entre nosotras. Es un tiempo para invitarnos unas a otras a apuntar hacia Dios en un mundo que no ve a Dios oculto entre nosotros en los que son injuriados y victimizados. Si no buscamos a Dios, dejaremos de ver la gloria de sus rostros, que se vuelven radiantes bajo la luz pascual que nos espera, que nos despierta al final de esta semana.

⁴ CC 19. Por la fuerza del Espíritu, desde la fe, la esperanza y el amor, vivimos la hospitalidad como ofrenda y sacrificio en actitud de acogida, disponibilidad y servicio, con humildad y desprendimiento, mansedumbre y sencillez. sintiéndonos exigidas y mandadas por aquellos a quienes servimos, valorando a las personas viendo en ellas a Cristo, abiertas y cercanas, para intuir las necesidades de los hombres, de la Iglesia y del mundo.

PARA ORAR

CÁNTICO DE LA CARTA A LOS FILIPENSES (2,6-11)

Cristo, siervo de Dios, en su misterio pascual

Cristo, a pesar de su condición divina,
no hizo alarde de su categoría de Dios;
al contrario, se despojó de su rango
y tomó la condición de esclavo,
pasando por uno de tantos.

Y así, actuando como un hombre cualquiera,
se rebajó hasta someterse incluso a la muerte,
y una muerte de cruz.

Por eso Dios lo levantó sobre todo
y le concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre»;
de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble
en el cielo, en la tierra, en el abismo,
y toda lengua proclame:
Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

Señor, te rebajaste hasta la muerte
Para que comprendiéramos que todo en la vida
Puede ser oración y ofrenda para los demás.
Que sepamos acompañarte
Cada día de esta semana.
Que compartamos contigo
Y con los que sufren

Estos momentos de agonía.
Amén.

TRIDUO PASCUAL

JUEVES SANTO

“Haced esto en memoria mía”

Recordamos la muerte y la resurrección de Jesús, y en esta noche, la de su última comida con sus amigos, evocamos el don que les hace: su carne y su sangre. Esta memoria está empapada de perdón, de reconciliación, expiación por los pecados del pasado y nuevo nacimiento. Esta noche es una comida entre amigos, el sacrificio del Cordero en la cruz y la resurrección, todo ello entrelazado en una realidad. Johann Baptist Metz dice que este relato es la peligrosa memoria de la pasión de Cristo. Es peligroso y subversivo, porque lo que para unos es juicio y muerte, para otros es salvación y vida. Esta noche debemos recordar que las palabras “cuerpo de Cristo” describen la eucaristía y a nosotros⁵, el pueblo de Dios; tenemos que convertirnos en pan para el mundo con el pan que compartimos esta noche.

“Mucho le cuesta al Señor la muerte de sus fieles”

⁵ 13. Por los votos de castidad, pobreza, obediencia y hospitalidad, cada Hermana expresa públicamente la donación plena de sí a Dios. Dios acepta esta ofrenda y consagra a su elegida. La Iglesia recibe la oblación y la asocia al sacrificio eucarístico de Cristo.

Todas nuestras muertes son una sola en la muerte de Jesús. Todos nosotros somos siervos, hijos e hijas cuyas ataduras han sido desatadas por nuestro Dios, y sí ofrecemos un sacrificio de acción de gracias, haciendo votos de entregar nuestra vida al Señor en presencia de los demás⁶. El cáliz de bendición que bebemos y compartimos proclama que confiamos en la sangre que sana y reconcilia los dolores y las heridas del mundo, causadas por el pecado, el mal, la injusticia y el odio. La sangre de Cristo es derramada sobre nuestras heridas, y somos curados; nuestras heridas cicatrizan, y estamos atentos a los que sufren, pero también somos capaces de comprender el dolor de los que sufren injustamente y de compartir su lucha por ser libres e íntegros. San Pablo nos lo recuerda: “Estoy crucificado con Cristo... llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús” (Gálatas 2,19; 6,17). Estamos en Cristo, no sólo repitiendo su sacrificio y configurando nuestra vida con la suya, sino viviendo juntos en las heridas, el corazón y el cuerpo mismo de Cristo. San Pablo, en la carta a los Corintios nos dice que recordemos y transmitamos lo que hemos recibido del Señor de la misma forma que nos ha sido entregado. Todo es importante: las palabras, las acciones y la intención. El marco es la noche de la traición. El movimiento de culto y acción de gracias a Dios es la ofrenda. El sacerdote toma el pan, pronuncia la acción de gracias, lo parte y dice: “Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía”. El cáliz se ofrece con las



⁶ RV 55. La Eucaristía nos compromete a amar como Cristo nos amó y a asociarnos a su sacrificio redentor.

palabras: “Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre; haced esto, cada vez que bebáis, en memoria mía”.

Éste es el núcleo de nuestro culto y vida, de nuestras comunidades y sacrificios; es el corazón de nuestro significado como cristianos. Al comer el pan y beber el cáliz proclamamos la muerte del Señor hasta que vuelva. Este pasaje se aprende en la vida y se comprende en el sacrificio de unos mismo, en el servicio a los demás y haciendo memoria de todo lo que las palabras y las acciones de Jesús nos han enseñado.

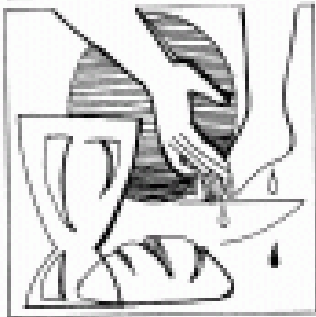
En el evangelio de Juan no aparece expresamente el rito de la fracción del pan y la bendición del cáliz en la última cena. En cambio, hay otro rito eucarístico, otra forma de narrar el relato: el rito del lavatorio de los pies de los discípulos por Jesús. Para la comunidad de Juan –y para toda la Iglesia- el arrodillarnos obedeciendo humildemente, siguiendo el ejemplo de Jesús de una vida de servicio y realización de las tareas que el mundo necesita, es hacer memoria de Jesús, haciéndolo presente de nuevo en nuestras comunidades y uniéndonos como pueblo santo que pertenece a Dios.

El relato es simple. Jesús quiere mostrar a sus discípulos cuánto los ha amado antes de dejarlos. Los amará, a ellos y a nosotros, hasta el extremo, y atraviesa la puerta de la muerte cruenta al regresar a su Padre. Pero, en primer lugar se inclina, se agacha ante ellos, invirtiendo las relaciones. Él, que es el Maestro, les lava los pies. Ésta es la forma de honrar a Dios, honrándonos unos a otros, y especialmente a los que entre nosotros necesitan curación, cuidado y ternura, y desde luego, justicia, libertad y esperanza de vivir por fin como seres humanos.

Nuestra sociedad ha perdido el contacto con estos ritos de hospitalidad, acogida, servicio y honor; por eso muchas veces no se advierte la profundidad de lo que está sucediendo ni el razonamiento que subyace de la actitud de Pedro. Lavar los pies era un trabajo oneroso. En ocasiones, era algo que se hacía por cortesía, como un honor a un huésped que llegaba a la casa del anfitrión, o

como manifestación de amor, de afecto, entrega o servicio, expresados en una relación de obediencia y sumisión prestadas libremente. Alguna vez los discípulos lavaban los pies del maestro, un honor que expresaba el nivel de confianza e intimidad entre los dos, pero nunca el maestro lavaba los pies de los discípulos. Es la inversión de lo que constituye el culto a Dios. La sumisión, la obediencia, el servicio y el inclinarse ante los otros es inclinarse ante Dios, porque ahora, en el misterio de la encarnación, nos inclinamos ante Dios cuando unos satisfacemos las necesidades de otros y curamos sus heridas.

En la narración se tiene la sensación de que Judas está presente y de que también a él le lava Jesús los pies. El Maestro se inclina ante él humildemente y toca sus pies, sabiendo que va a ser traicionado por aquél a quien ha llamado amigo.



¿Ante quiénes nos negamos a inclinarnos, sabiendo lo que han hecho o lo que intentan hacernos? ¿A quiénes oponemos resistencia cuando se presentan ante nosotros para servirnos? ¿Ante quiénes no estaríamos dispuestos a inclinarnos y lavar sus pies? *Todos* deben ser incluidos en este gesto íntimo que tiene lugar en torno a la mesa del Señor.

Después de lavar sus pies, Jesús se pone otra vez a la mesa y les pregunta: “¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis “el Maestro” y “el Señor”, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros. Os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis”. Este rito no es una experiencia momentánea o única para grabar en los discípulos la profundidad del amor que Jesús les tiene. Es un momento que

ritualiza e intensifica su vida entera y el amor que está en la raíz de todas sus acciones.

Pan y vino, cuerpo y sangre, pies y lavatorio, intimidad y amor sin límites, inesperado de un Dios que se inclina ante nosotros esperando que un día nos tratemos con la misma consideración y dignidad que Él siempre nos ha mostrado.

En esto consiste la nueva alianza; éste es el verdadero culto. En esto consiste la realidad y la religión. Así son la comunidad y el amor.

Somos invitadas a comer y a beber en la mesa del Señor, a dejarnos lavar los pies, a entrar en las heridas y en el corazón de Cristo, a ser como sus amigas queridas. Tenemos que hacer lo mismo que Jesús. Tenemos que lavarnos los pies unas a otras. Jesús expresó su amor en el servicio al mundo. Ahora ésta es nuestra tarea.



PARA ORAR

LA GRAN EXPLOSIÓN DE LA HOSPITALIDAD

Jesús, tú eres el Sacramento del Dios
que nos acoge,
que nos sirve
y cura,
que restaura nuestra dignidad y nuestra salud,
que se identifica con nosotros,
que nos lava los
y muere por nosotros.

Que tu Espíritu, Señor,
Nos ayude a ser sacramento de Dios
Para todos los hombres,
Especialmente, para los más desfavorecidos de la tierra.
Y que en todo nuestro ser y hacer
Seamos tu memoria viviente.
Amén.

V IERNES SANTO

¡TENGO SED!



Hoy nos encontramos con la cruz. Es levantada ante nosotros para que la contemplemos, la besemos y participemos de su poder redentor. Nos invita a sumergirnos en el misterio de un Dios crucificado cuyo amor nos sostiene en los momentos de dolor, de

sufrimiento⁷. Dios sufrió en Jesús, pero continúa sufriendo en millones de personas apesadas por las fuerzas del odio. Tenemos que encontrar la cruz y a Cristo en los que sufren entre nosotros.

Podemos acercarnos con confianza al trono de la gracia –la cruz– para recibir misericordia y favor y encontrar ayuda en tiempos de necesidad. Cristo sufrió como nosotros, pero presentó súplicas en su agonía con lágrimas y gritos a Dios. Y fue escuchado al igual que son escuchados los gritos del pobre y del profeta, especialmente por su actitud reverente y obediente a Dios. “Él, a pesar de ser Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y llevado a la consumación, se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de salvación eterna”. Nosotros, hijos e hijas del Padre, hermanos y hermanas del Crucificado, aprendemos la obediencia sufriendo.⁸ El sufrimiento puede destruir a los que no tienen fe, pero el sufrimiento con Jesús puede redimir, dar dignidad al sufrimiento y devolverá otros la vida y la santidad. Todo el dolor y el sufrimiento del mundo están ligados en la carne de Jesús.

El relato joánico de la Pasión de Jesús, comienza con la traición en el huerto, donde Jesús pregunta a los soldados romanos y a los guardias del Templo judío: “¿A quién buscáis?”. Ellos caen en tierra ante Él. Su poder es espiritual, no físico y, desde luego, no es violento.

A continuación tiene lugar el interrogatorio, y Pedro traiciona a Jesús tres veces porque teme por su vida. Pilato interroga a Jesús y le responde directamente y sin subterfugios.: “Tú lo dices: soy rey.

⁷ RV 23. Ser coherente con tu compromiso te exige: actitud de esfuerzo y sacrificio que supone la participación en el misterio de la Cruz.

⁸ CC 37. La obediencia puede suponernos también renuncia, sacrificio, abnegación, como a Cristo, que sufriendo aprendió a obedecer.

Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo; para ser testigo de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz". La verdad es la esencia de Jesús, su persona, su obra, su relación con el Padre, su lugar en el mundo y en el reino del Espíritu. Hagan lo que hagan con Él, dirá la verdad, y será la verdad de Dios. Él testifica, da testimonio de Dios. Muere mártir por la verdad.

En el evangelio de Juan hay testigos: su madre, la hermana de su madre, María la mujer de Cleofás, María Magdalena y Juan, el discípulo a quien Jesús amaba. Jesús entrega a Juan a su madre, y viceversa. Es la nueva familia de Jesús. Los lazos de la nueva familia son los de la sangre de la cruz, el sacrificio y el ser entregados unos a otros para que nos cuidemos mutuamente.

La Hospitalidad que es el núcleo de nuestro carisma, es un reflejo activo y viviente de la Hospitalidad de Dios. Si de Él decimos que "amó primero" y "que el amor procede de Dios", lo mismo podemos afirmar de la Hospitalidad: "Él nos acogió primero" y "la Hospitalidad viene de Dios"⁹.

El Jesús de los brazos extendidos y clavados en la cruz es la expresión máxima de la Hospitalidad de la Santa trinidad. Allí el Abbá nos acoge sin condiciones: Él, el Santo, nos acoge a nosotros "cuando somos pecadores"¹⁰ y nos ofrece la posibilidad de entrar en comunión con él por la fe y de compartir la vida y la herencia del Hijo¹¹.

Nuestra Congregación, cada una de nosotras, nos sabemos instrumentos vivientes de la Hospitalidad cruciforme de Jesús¹².

*Por la fuerza del Espíritu,
desde la fe, la esperanza y el amor, vivimos la
hospitalidad como ofrenda y sacrificio¹³.*

⁹ NFH 55.

¹⁰ Rm. 5

¹¹ NFH56

¹² NFH59

¹³ CC 19.

Jesús tiene sed. Toda su vida ha tenido sed: de la voluntad y de la honra de Dios, de que se diga la verdad y ésta tenga un lugar de honor en el mundo. Sed de que el Reino de Dios venga a la tierra, de que la gente crea. Ahora ha concluido su obra. El último don que hace a su Padre es su espíritu, su vida, su amor: todo.

En la actualidad, muchos nos reclaman agua. Tienen sed de agua, de agua viva, de valores espirituales, de autenticidad que padecen los pueblos de la tierra. Y la sed de educación, de asistencia sanitaria, de dignidad, que padecen los más pobres y necesitados.

Jesús ya está muerto, le traspasan el costado con una lanza, y brota sangre y agua. La Iglesia nace de la sangre y el agua que fluyen en abundancia del costado de Jesús. Al expirar entregó el Espíritu de Dios al mundo, y se filtra por todos los rincones y grietas del universo. La resurrección de Jesús empieza cuando la sangre de Jesús se filtra en la tierra y su aliento desaparece en el aire.

Llevamos la cruz con Cristo. Estamos marcados con su señal como gracia salvadora y como propiedad del Hijo del hombre.

PARA ORAR

EL ROSTRO DE CRISTO EN LA PRUEBA

Vivir la espiritualidad en un continuo caminar desde Cristo significa comenzar siempre a partir del momento más alto de su amor —cuyo misterio guarda la Eucaristía—, cuando en la cruz Él da la vida en la máxima oblación. Los que han sido llamados a vivir los consejos evangélicos mediante la profesión no pueden menos que frecuentar la contemplación del rostro del Crucificado.⁸⁴ Es el libro en el que se aprende qué es el amor de Dios y cómo son amados Dios y la humanidad, la fuente de todos los carismas, la síntesis de

todas las vocaciones.⁸⁵La consagración, sacrificio total y holocausto perfecto, es el modo sugerido a ellos por el Espíritu Santo para revivir el misterio de Cristo crucificado, venido al mundo para dar su vida en rescate por todos (cf. Mt 20, 28; Mc 10, 45) y para responder a su infinito amor¹⁴.

EN ESTA TARDE, CRISTO DE CALVARIO

En esta tarde, Cristo del Calvario,
vine a rogarte por mi carne enferma;
pero, al verte, mis ojos van y vienen
de tu cuerpo a mi cuerpo con vergüenza.

¿Cómo quejarme de mis pies cansados,
cuando veo los tuyos destrozados?
¿Cómo mostrarte mis manos vacías,
cuando las tuyas están llenas de heridas?

¿Cómo explicarte a ti mi soledad,
cuando en la cruz alzado y solo estás?
¿Cómo explicarte que no tengo amor,
cuando tienes rasgado el corazón?

Ahora ya no me acuerdo de nada,
huyeron de mi todas mis dolencias.
El ímpetu del ruego que traía
se me ahoga en la boca pedigüeña.

Y sólo pido no pedirte nada,
estar aquí, junto a tu imagen muerta,
ir aprendiendo que el dolor es sólo
la llave santa de tu santa puerta. Amén.



¹⁴ Caminar desde Cristo 27.

S ÁBADO SANTO

SOBRE LAS TINIEBLAS DE LOS CORAZONES BRILLA SU LUZ



Hay en el evangelio ¹⁵ una escena que preanuncia de forma admirable el silencio del sábadó santo y que, al mismo tiempo, parece como un retrato de nuestro momento histórico. Cristo duerme en una barca que está a punto de zozobrar asaltada por la tormenta. El profeta Elías había indicado en una ocasión a los sacerdotes de Baal, que clamaban inútilmente a su dios pidiendo un fuego que consumiese los sacrificios, que probablemente su dios estaba dormido y era conveniente gritar con más fuerza para despertarle. ¿Pero no duerme Dios en realidad? La voz del profeta ¿no se refiere, en definitiva, a los creyentes del Dios

¹⁵ Mc 4,35-41 /Mt 8,23-27 /Lc 8,22-25

de Israel que navegan con Él en un barca zozobranante? Dios duerme mientras sus cosas están a punto de hundirse: ¿no es ésta la experiencia de nuestra propia vida? ¿No se asemejan la Iglesia y la fe a una pequeña barca que naufraga y que lucha inútilmente contra el viento y las olas mientras Dios está ausente? Los discípulos, desesperados, sacuden al Señor y le gritan que despierte; pero él parece asombrarse y les reprocha su escasa fe. ¿No nos ocurre a nosotros lo mismo? Cuando pase la tormenta reconoceremos qué absurda era nuestra falta de fe.

Y, sin embargo, Señor, no podemos hacer otra cosa que sacudirte a ti, el Dios silencioso y durmiente y gritarte: ¡despierta! ¿no ves que nos hundimos? Despierta, haz que las tinieblas del sábado santo no sean eternas, envía un rayo de tu luz pascual a nuestros días, ven con nosotros cuando marchamos desesperanzados hacia Emaús, que nuestro corazón arda con tu cercanía. Tú que ocultamente preparaste los caminos de Israel para hacerte al fin un hombre como nosotros, no nos abandones en la oscuridad, no dejes que tu palabra se diluya en medio de la charlatanería de nuestra época. Señor, ayúdanos, porque sin ti pereceríamos.

En la oración de la Iglesia, la liturgia de los tres días santos ha sido estudiada con gran cuidado; la Iglesia quiere introducirnos con su oración en la realidad de la pasión del señor y conducirnos a través de las palabras al centro espiritual del acontecimiento.

Cuando intentamos sintetizar las oraciones litúrgicas del sábado santo nos impresiona, ante todo, la profunda paz que respiran. Cristo se ha ocultado, pero a través de estas tinieblas impenetrables se ha convertido también en nuestra salvación; ahora se realizan las escuetas palabras del salmista: «aunque bajase hasta los infiernos, allí estás tú». En esta liturgia ocurre que, cuanto más avanza, comienzan a lucir en ella, como en la alborada, las primeras luces de la mañana de pascua. Si el viernes santo nos ponía ante los ojos la imagen desfigurada del traspasado, la liturgia del sábado santo nos recuerda, más bien, a los crucifijos de la

antigua Iglesia: la cruz rodeada de rayos luminosos, que es una señal tanto de la muerte como de la resurrección.

De este modo, el sábado santo puede mostrarnos un aspecto de la piedad cristiana que, al correr de los siglos, quizá haya ido perdiendo fuerza. Cuando oramos mirando al crucifijo, vemos en él la mayoría de las veces una referencia a la pasión histórica del Señor sobre el Gólgota. Pero el origen de la devoción a la cruz es distinto: los cristianos oraban vueltos hacia oriente, indicando su esperanza de que Cristo, sol verdadero, aparecería sobre la historia; es decir, expresando su fe en la vuelta del Señor. La cruz está estrechamente ligada, al principio, con esta orientación de la oración, representa la insignia que será entregada al rey cuando llegue; en el crucifijo alcanza su punto culminante la oración. Así, pues, para la cristiandad primitiva la cruz era, ante todo, signo de esperanza, no tanto vuelta al pasado cuanto proyección hacia el Señor que viene. Con la evolución posterior se hizo bastante necesario volver la mirada, cada vez con más fuerza, hacia el hecho: ante todas las volatilizaciones de lo espiritual, ante el camino extraño de la encarnación de Dios, había que defender la prodigalidad impresionante de su amor, que por el bien de unas pobres criaturas se había hecho hombre, y qué hombre. Había que defender la santa locura del amor de Dios, que no pronunció una palabra poderosa, sino que eligió el camino de la debilidad, a fin de confundir nuestros sueños de grandeza y aniquilarlos desde dentro.

¿Pero no hemos olvidado quizás demasiado la relación entre cruz y esperanza, la unidad entre la orientación de la cruz y el oriente, entre el pasado y el futuro? El espíritu de esperanza que respiran las oraciones del sábado santo deberían penetrar de nuevo todo nuestro cristianismo. El cristianismo no es una pura religión del pasado, sino también del futuro; su fe es, al mismo tiempo,

esperanza, porque Cristo no es solamente el muerto y resucitado, sino también el que ha de venir¹⁶.

Señor, haz que este misterio de esperanza brille en nuestros corazones, haznos conocer la luz que brota de tu cruz, haz que como cristianos marchemos hacia el futuro, al encuentro del día en que aparezcas.

PARA ORAR

Señor Jesucristo, has hecho brillar tu luz en las tinieblas de la muerte, la fuerza protectora de tu amor habita en el abismo de la más profunda soledad; en medio de tu ocultamiento podemos cantar el aleluya de los redimidos.

Concédenos la humilde sencillez de la fe que no se desconcierta cuando tú nos llamas a la hora de las tinieblas y del abandono, cuando todo parece inconsistente. En esta época en que tus cosas parecen estar librando una batalla mortal, concédenos luz suficiente para no perderte; luz suficiente para poder iluminar a los otros que también lo necesitan.

Haz que el misterio de tu alegría pascual resplandezca en nuestros días como el alba, haz que seamos realmente hombres pascuales en medio del sábado santo de la historia.

Haz que a través de los días luminosos y oscuros de nuestro tiempo nos pongamos alegremente en camino hacia tu gloria futura.

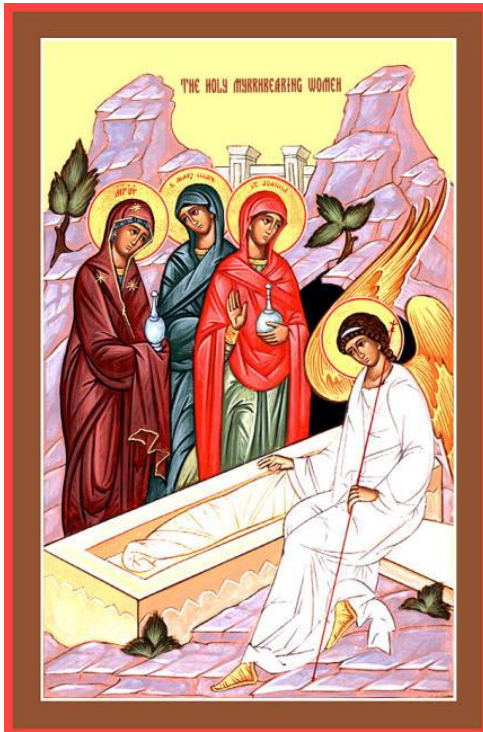
Amén.

¹⁶ SER CRISTIANO (Meditaciones para la noche del sábado santo. JOSEPH RATZINGER) SIGUEME.SALAMANCA. Págs. 87-97

P ASCUA: LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR

¡JESÚS ESTÁ VIVO! ¡HA RESUCITADO!

- 1 El primer día de la semana, muy de mañana, fueron al sepulcro llevando los aromas que habían preparado.
- 2 Pero encontraron que la piedra había sido retirada del sepulcro,
- 3 y entraron, pero no hallaron el cuerpo del Señor Jesús.
- 4 No sabían que pensar de esto, cuando se presentaron ante ellas dos hombres con vestidos resplandecientes.
- 5 Como ellas temiesen e inclinasen el rostro a tierra, les dijeron: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?
- 6 No está aquí, ha resucitado. Recordad cómo os habló cuando estaba todavía en Galilea, diciendo:
- 7 "Es necesario que el Hijo del hombre sea entregado en manos de los pecadores y sea crucificado, y al tercer día resucite. "»
- 8 Y ellas recordaron sus palabras.
- 9 Regresando del sepulcro, anunciaron todas estas cosas a los Once y a todos los demás.
- 10 Las que decían estas cosas a los apóstoles eran María Magdalena, Juana y María la de Santiago y las demás que estaban con ellas.
- 11 Pero todas estas palabras les parecían como desatinos y no les creían.
- 12 Pedro se levantó y corrió al sepulcro. Se inclinó, pero sólo vio las vendas y se volvió a su casa, asombrado por lo sucedido. Lc 24: 1 – 12



EL ICONO DE LAS MUJERES MIRÓFORAS

Te invito a contemplar este icono, para que ores con él.

En la sugestiva unidad entre palabra e imagen, entre anuncio que llega al oído y pintura que se presenta ante nuestros ojos, el misterio de las mujeres de Pascua tiene una hermosa representación plástica en el icono oriental llamado "Las

miroforas ante el sepulcro."

La escena es siempre la misma. Un grupo de mujeres, de dos a cuatro, llevando bien visibles entre sus manos los tarros de unguento perfumado para las unciones, se acercan al sepulcro. Contemplan la piedra levantada, los vestidos están por el suelo. Un Ángel o dos tal vez, vestidos con vestiduras blancas, les señalan el sepulcro vacío y las vendas por el suelo, con un gesto que parece acompañar con las palabras del anuncio evangélico: "Ha resucitado, no está aquí. Id a anunciar a sus discípulos" (Cf. Mt 28:5-7).

El porte de las miróforas es a la vez majestuoso y hierático. Sus ojos miran al Ángel y al sepulcro, pero se encuentran también en una mirada recíproca como si se diesen unas a otras la noticia. Parece

que traen todavía el luto del día de la muerte del Señor pero poco a poco se van iluminando sus ojos con la luz de la Pascua del Señor que ha vencido a la muerte.

La hierba verde del prado que se ve en algunos iconos es como un anuncio de la primavera divina inaugurada por la resurrección de Cristo. Y los vestidos que yacen en el sepulcro, vestidos blancos como las sábanas del lecho nupcial del Esposo, son según una hermosa intuición de Clément "como una crisálida de la que se ha evadido una mariposa." Y así se recupera el sentido simbólico del gusano de seda, como una profecía de la resurrección inscrita de alguna manera ya en esta metamorfosis del gusano de seda, según la mitología de los egipcios y algunos textos sugestivos de los Padres de la Iglesia.

Las mujeres han visto y han creído. Este es el mensaje fundamental del icono de las miróforas.

Pero la tradición litúrgica bizantina tiene algo más. Todos los años el tercer domingo de Pascua celebra la memoria de estas santas mujeres. Y lo hace con toda la solemnidad característica del oficio bizantino. En la celebración de la divina liturgia y en la oración de las horas. Es como un domingo que canta la dignidad de la mujer, una fiesta de las mujeres cristianas que pueden mirarse en el espejo de estas afortunadas "evangelistas."

Una estrofa del canto de Pascua de la Iglesia oriental comenta así la presencia de las mujeres en este icono:

"Las mujeres miróforas con la luz del alba
fueron al sepulcro del autor de la vida
y encontraron a un ángel sentado sobre la piedra.

Dirigiéndose a ellas les decía así:

¿Por qué buscáis al Viviente entre los muertos?

¿Por qué lloráis al Incorruptible

como si hubiese caído en la corrupción?

Id y anunciad a sus discípulos:

Cristo ha resucitado de entre los muertos.

Mujeres evangelistas, levantaos
dejad la visión e id a anunciar a Sión:
Recibe el anuncio de la alegría:
Cristo ha resucitado.
Alégrate, danza, exulta Jerusalén
y contempla a Cristo tu Rey que sale
del sepulcro como un Esposo."

¿QUÉ SIGNIFICA CREER EN LA RESURRECCIÓN?

- ✚ Es volver de noche a Jerusalén, reunir a la comunidad y compartir las experiencias, sin miedo a los judíos ni a los romanos. (Lc 24,33-35).
- ✚ Es recibir la fuerza del espíritu, abrir las puertas y anunciar la Buena Noticia a la multitud (Hc 3,4).
- ✚ Es tener el coraje de decir: "Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres" (Hc 5,29).
- ✚ Es reconocer el error y volver a la casa del Padre. "Tu hermano estaba muerto y ha vuelto a la vida" (Lc 15,32).
- ✚ Es sentir la mano de Jesús resucitado, que nos dice, en las horas difíciles: "No temas: yo soy el primero y el último; yo soy el que vive. Estuve muerto, pero ahora vivo para siempre y tengo en mi poder las llaves de la muerte y del abismo" (Ap 1,17ss).
- ✚ Es creer que Dios es capaz de sacar vida de la propia muerte (Heb 11,19).
- ✚ Es creer que el mismo poder que Dios utilizó para librar a Jesús de la muerte opera también en nosotros y en nuestras comunidades a través de la fe (Ef1,19-23).

- ✚ La resurrección nos hace experimentar la presencia liberadora de Jesús en la comunidad, en la vida de cada día (Mt 18,20).
- ✚ Nos lleva a decir: “Y estoy segura de que ni muerte, ni vida, ni ángeles ni otras fuerzas sobrenaturales, ni lo presente ni lo futuro, ni poderes de cualquier clase, ni lo de arriba, ni lo de abajo, ni cualquier otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro (Rom 8,38-39).
- ✚ La experiencia de la resurrección ilumina la cruz y la transforma en símbolo de vida (Lc 24,25-27).
- ✚ Abre los ojos para entender el significado de la Sagrada Escritura (Lc 24,27-27.44-48).
- ✚ Nos ayuda a entender las palabras y gestos del propio Jesús (Jn 2,21-22; 5,39; 14,26).

PARA NOSOTRAS, HERMANAS DE LA CARIDAD DE SANTA ANA CREER EN LA RESURRECCIÓN SIGNIFICA:

- **Asumir** con sentido pascual
todas las realidades de nuestra acción evangelizadora, los momentos de gozo
y esperanza, de dificultad y desánimo, perseverando
pacientemente
convencidas de que si el grano de trigo no muere, no da
fruto. CC 71
- **Vivir** nuestra consagración religiosa,
asociándonos más íntimamente
al misterio de su muerte y resurrección, Cfr. CC 12.

- **Centrar** nuestras vidas en Cristo
Dejando que la fuerza de su amor
nos ayude a liberarnos del egoísmo
y enriquezca nuestro corazón.
Y con este estilo de amar y vivir
hagamos posible la nueva comunidad
y seamos para el mundo signo de vida futura
y anuncio de resurrección. Cfr. CC 22.

- **Agradecer y valorar** a nuestras Hermanas mayores y enfermas
En la comunidad tienen una misión importante.
su oración, vida y colaboración en la tarea común,
porque son estímulo e impulso
a vivir con alegría y fidelidad nuestra entrega al Señor.
Ellas, con sus sufrimientos y sacrificios se asocian de
manera especial
a la muerte y resurrección del Señor,
contribuyendo así al bien del Pueblo de Dios
y a la fecundidad y santidad de la Congregación. Cfr. CC 46.

- **Ser conscientes** de que nuestra comunidad de oración
tiene su cumbre en la Eucaristía
que perpetúa y actualiza en la Iglesia
el memorial de la muerte y resurrección de Jesús. Cfr. CC
55.

- Unidas a la Iglesia
actualizar el misterio de Cristo
a través de los diferentes tiempos del año litúrgico.
La vivencia y profundización de cada ciclo
nos lleva a **participar** en el misterio pascual de Jesús y
configurarnos progresivamente con El.

El domingo celebramos el triunfo del Señor
que nos hizo renacer a la viva esperanza
por su resurrección.

Esto exige de nosotras vivir comunitariamente la fiesta
como día de alegría y liberación.. Cfr. CC 57

- **Testimoniar con tu vida
la segura esperanza en Cristo Resucitado. RV 67.**



EN LA ESCUELA DE LA HOSPITALIDAD

Esperanza García Paredes HCSA

RETIRO DE MARZO 2010

MI ORACIÓN

MI ORACIÓN

¡FELIZ PASCUA!